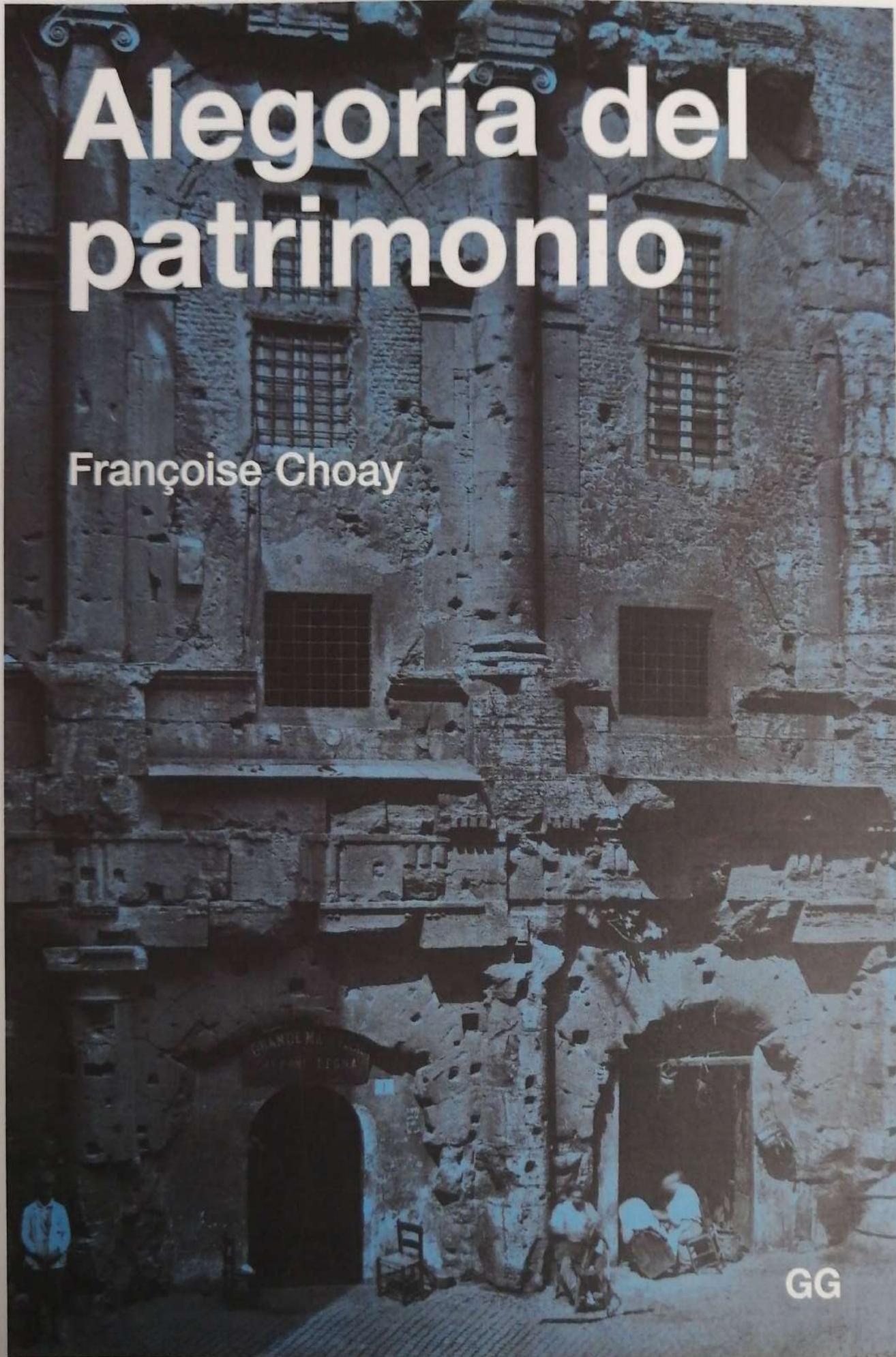


Alegoría del patrimonio

Françoise Choay

GG



Alegoría del patrimonio

François Choay

1988, 2003, 2008, 2012, 2015, 2018, 2021

© 1988, 2003, 2008, 2012, 2015, 2018, 2021 by the author. All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or by any information storage and retrieval system, without the prior written permission of the publisher.

Alcance del patrimonio

Editorial Gustavo Gili, SL

Via Laietana 47, 2º, 08003 Barcelona, España. Tel. (+34) 93 322 81 61
Valle de Bravo 21, 53050 Naucalpan, México. Tel. (+52) 55 55 60 60 11

Alegoría del patrimonio

Françoise Choay

Título original: *L'Allégorie du patrimoine*
Publicado originalmente por Éditions du Seuil

Versión castellana: Maria Bertrand Suazo
Edición: Susana Landrove
Fotografía de la cubierta: © Alinasi Girandon
Diseño de la cubierta: Toni Cabré/Editorial Gustavo Gili, SL

1ª edición, 7ª tirada, 2017 (impresión digital)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Editorial no se pronuncia, ni expresa ni implícitamente, respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

© Françoise Choay, 1992

© de la edición castellana: Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 2007

Printed in Spain

ISBN: 978-84-252-2236-8

Depósito legal: B. 47.405-2007

Impresión: ServicePoint, Barcelona

ÍNDICE

Introducción	Monumento y monumento histórico	7
Capítulo I	LOS HUMANISMOS Y EL MONUMENTO ANTIGUO	25
	Arte griego clásico y humanidades antiguas . . .	26
	Restos antiguos y humanitas medieval	28
	La fase <i>antiquizante</i> del Quattrocento	35
Capítulo II	EL TIEMPO DE LOS ANTICUARIOS. MONUMENTOS REALES Y MONUMENTOS FIGURADOS	51
	Antigüedades nacionales	55
	Gótico	57
	Advenimiento de la imagen	61
	La ilustración	65
	Conservación real y conservación iconográfica	70
Capítulo III	LA REVOLUCIÓN FRANCESA	85
	La clasificación del patrimonio	87
	Vandalismo y conservación: interpretación y efectos secundarios	92
	Valores	98
Capítulo IV	LA CONSAGRACIÓN DEL MONUMENTO HISTÓRICO, 1820-1960	113
	El concepto de monumento histórico como tal . .	115
	Prácticas: legislación y restauración	126
	La restauración como disciplina	130
	Síntesis	139

Capítulo V	LA INVENCION DEL PATRIMONIO URBANO	161
	La figura memorial	165
	La figura histórica: papel propedéutico	166
	La figura histórica: papel museal	172
	La figura historial	175
Capítulo VI	EL PATRIMONIO HISTÓRICO EN LA ERA DE LA INDUSTRIA CULTURAL	189
	Del culto a la industria	190
	La valorización	194
	Integración a la vida contemporánea	199
	Efectos perversos	205
	Conservación estratégica	211
Capítulo VII	LA COMPETENCIA DE EDIFICAR	221
Anexo	Informe presentado al Rey, el 21 de octubre de 1830, por M. Guizot, ministro del Interior, para instituir el cargo de inspector general de los monumentos en Francia	241
Bibliografía	245
Índice de nombres	259

MONUMENTO Y MONUMENTO HISTÓRICO

Patrimonio.¹ Esta palabra tan antigua y hermosa estaba inicialmente enlazada a las estructuras familiares, económicas y jurídicas de una sociedad estable, arraigada en el espacio y en el tiempo. Recalificado por diversos adjetivos (genético, natural, histórico, etc.) que lo han transformado en un concepto “nómada”,² el término prosigue hoy una trayectoria diferente y resonante.

Patrimonio histórico. Expresión que designa un fondo destinado al disfrute de una comunidad planetaria y constituido por la acumulación continua de una diversidad de objetos agrupados por su común pertenencia al pasado: obras maestras de las bellas artes y de las artes aplicadas, trabajos y productos de todos los saberes y habilidades humanas. En nuestra sociedad errante, incesantemente transformada por la movilidad y la ubicuidad de su presente, la expresión “patrimonio histórico” ha llegado a ser uno de los términos clave de la tribu mediática. Remite a una institución y a una mentalidad.

La transferencia semántica sufrida por el término señala la opacidad de la cosa. El patrimonio histórico y las conductas asociadas a él se encuentran inmersos en estratos de significaciones cuyas ambigüedades y contradicciones articulan y desarticulan dos mundos y dos visiones del mundo.

El culto rendido hoy al patrimonio histórico requiere mucho más que la constatación de una satisfacción. Es preciso preguntarse sobre su sentido porque éste culto, olvidado y la vez rutilante, revela un estado de la sociedad y de los interrogantes que la habitan. Y tal es la perspectiva con la que aquí lo encaro.

Entre tantas otras categorías del fondo inmenso y heterogéneo del patrimonio histórico, retengo como ejemplar la que concierne más directamente al marco de vida de todos y de cada uno: el patrimonio edificado. En el pasado, se habría hablado de los monumentos históricos, pero las dos expresiones ya no son sinónimas. A partir de la década de 1960, los monumentos históricos constituyen sólo una parte de una herencia incesantemente incrementada por la anexión de nuevos tipos de bienes y por la ampliación del marco cronológico y de las áreas geográficas en las que tales bienes se inscriben.

En Francia, en el momento de la creación de la primera Comisión des Monuments Historiques, en 1837, las tres grandes categorías de monumentos históricos estaban constituidas por los vestigios de la antigüedad, los edificios religiosos de la edad media y algunos castillos. En el período que siguió a la II Guerra Mundial, el número de bienes inventariado se había multiplicado por diez pero su naturaleza apenas se había alterado: pertenecen, esencialmente, a la arqueología y a la historia de la arquitectura culta. Desde ese momento, todas las formas del arte de edificar —cultas y populares, urbanas y rurales, todas las categorías de edificios, públicos y privados, suntuarios y utilitarios— han sido incorporadas bajo nuevas denominaciones: arquitectura *menor*, expresión proveniente de Italia para designar construcciones privadas no monumentales construidas a menudo sin la intervención de arquitectos; arquitectura *vernácula*, expresión proveniente de Inglaterra para distinguir edificaciones marcadas por el terruño; arquitectura *industrial* —de las fábricas, estaciones y altos hornos—, expresión acuñada primero por los ingleses.³ Finalmente, el dominio patrimonial ya no se limita a los edificios individuales, incluye conjuntos de edificaciones y tejidos urbanos: manzanas y barrios urbanos, aldeas, ciudades completas e incluso conjuntos de ciudades,⁴ como refleja “la lista” del Patrimonio Mundial establecida por la UNESCO.

Hasta la década de 1960, el marco cronológico en el que se inscriben los monumentos históricos carecía de límites —no como ahora— hacia las fuentes del pasado, coincidiendo así con el de la investigación arqueológica. Y hacia adelante no llegaba a traspasar los límites de la segunda mitad del siglo XIX. Hoy los belgas lamentan la desaparición de la Maison du Peuple (1896), obra maestra de Victor Horta, demolida en 1968, y los franceses la de Les Halles de Victor Baltard, destruidas en 1970, a pesar de las enérgicas protestas llegadas de toda Francia y del mundo entero. Aunque prestigiosas, estas

voces eran las de una minoría confrontada a la indiferencia general. Tanto para la administración pública como para la mayoría de las personas, los ligeros pabellones encargados por Napoleón III y Haussmann no cumplían más que una función trivial que les impedía formar parte de la clase de los monumentos. Pertenecían, además, a una época conocida por su mal gusto. En la actualidad, una parte del París haussmanniano está declarada monumento y, en principio y desde entonces, es intocable. Lo mismo ocurre con la arquitectura *modern style*, ilustrada en Francia en el cambio de siglo por Hector Guimard, Jules-Aimé Lavirotte y la escuela de Nancy, y cuya breve carrera llevó inmediatamente a asimilarla a una moda y a menospreciarla.

El siglo XX mismo ha forzado las puertas del dominio patrimonial. Ahora estarían sin duda clasificados y protegidos el hotel Imperial de Tokio, obra maestra de Frank Lloyd Wright (1915) que resistió a los sismos y que fue demolido en 1968; los talleres Esders de Auguste Perret (1919), demolidos en 1960; los grandes almacenes Schocken (1924) de Erich Mendelsohn en Stuttgart, demolidos en 1955; y el consultorio de Louis Kahn en Philadelphia (1954), demolido en 1973. Recientemente en Francia, una comisión encargada del "patrimonio del siglo XX" ha trabajado en la elaboración de criterios y tipologías con el fin de no dejar escapar ningún testimonio históricamente significativo. Los propios arquitectos también se han interesado por la protección de sus obras. Le Corbusier había empezado, en vida, a buscar la protección de sus realizaciones, once de las cuales hoy ya están clasificadas como monumento histórico y catorce protegidas mediante otras figuras patrimoniales. La Villa Savoye ha sido objeto de varias campañas de restauración más costosas que las de numerosos monumentos medievales.

Finalmente, la noción de monumento histórico y las prácticas de conservación que lo acompañan se han expandido fuera del ámbito europeo en el que nacieron, su territorio exclusivo durante largo tiempo. También es cierto que la década de 1870 vio, en el marco de la apertura de la era Meiji, la discreta entrada del concepto de monumento histórico en Japón:⁵ para ese país que había vivido sus tradiciones como parte del presente, que no conocía otra historia que la dinástica, que sólo concebía el arte —antiguo o moderno— como algo vivo, y que conservaba sus monumentos nuevos gracias a su reconstrucción ritual, la asimilación del tiempo occidental pasaba por el reconocimiento de una historia universal, por la adopción del mu-